

SPD: La fuerza de la renovación

Justicia social para el siglo XXI

Ejes para el nuevo programa partidario del SPD, presentados el 24 de abril de 2006

Estimados camaradas:

Nos hemos reunido para elaborar un nuevo programa partidario en un mundo que está cambiando. Los desafíos son verdaderamente enormes, y necesitamos respuestas acordes con los tiempos que corren para poder hacer realidad nuestros valores fundamentales de libertad, justicia y solidaridad, así como los objetivos de la democracia social. Sobre la base de esos valores seremos juzgados. Queremos llevar adelante este debate en todos los sectores, en todos los niveles de nuestra estructura partidaria, pero sobre todo queremos hacerlo con la sociedad, para reconstruir así la confianza en la política en diálogo abierto con la gente.

Los ejes que se exponen a continuación constituyen la base para lograrlo.

Espero que sirvan para una discusión animada y para una competencia de ideas estimulante con nuestros adversarios políticos, y que brinden un impulso perdurable para una socialdemocracia moderna que llegue a la gente y haga justicia a los desafíos que plantea el futuro. Éste es y será siempre el sentido de toda política.

Vuestro

Kurt Beck

Presidente del Partido Socialdemócrata Alemán.

I. Por qué necesitamos un nuevo programa partidario

Los nuevos tiempos exigen nuevas ideas, un mundo en transformación necesita una nueva política que actúe enérgicamente. La fuerza política de la socialdemocracia no radica en aclamar lo nuevo en forma acrítica ni tampoco en aferrarse a lo viejo. Apostamos a nuestra capacidad de traducir en una política realista para estas condiciones diferentes nuestros valores fundamentales de libertad, justicia y solidaridad. Solo podremos mantenernos fieles a nuestros ideales apelando a nuestro sentido de la realidad, pero conservando al mismo tiempo la pasión.

Nosotros, los hombres y las mujeres socialdemócratas, estamos orgullosos de nuestros 143 años de historia, durante los cuales nuestro partido abogó siempre por la libertad, la justicia y la solidaridad.

Hoy, la tarea de la socialdemocracia es continuar puliendo la idea de la justicia social para el siglo XXI, fortalecer la democracia frente a los intereses económicos individuales y asegurarse de que los potenciales de nuestra sociedad y de su gente puedan ser desarrollados. Somos la fuerza de la renovación en Alemania.

Nuestro mundo está atravesando un cambio profundo. Hemos dejado atrás la Guerra Fría, el crecimiento conjunto de Europa ha creado nuevas condiciones, la transformación de nuestra economía modifica el mundo laboral y la vida cotidiana. Todo ello trae aparejadas nuevas oportunidades... pero también nuevos riesgos. Los hombres y las mujeres socialdemócratas jamás nos hemos dado por satisfechos con las metas alcanzadas. Y nos negamos a apoyar la afirmación de que hoy en día ya no es posible una política organizada. Al fatalismo y a la política del miedo le oponemos una política de la confianza fundada en los valores.

Con su Programa de Godesberg, aprobado en 1959, el SPD dejó de ser el partido de los trabajadores para transformarse en el partido del pueblo. Con su Programa de Berlín, aprobado en 1989, la socialdemocracia recogió los impulsos de los nuevos movimientos sociales, sobre todo en lo referente a la idea de sostenibilidad. El primer programa del SPD para el siglo XXI deberá dar a su vez respuestas nuevas: respuestas nuevas a los desafíos de la europeización, de la globalización y de las transformaciones sociales, demográficas y técnicas. Vivimos desincronizados. Surge lo nuevo, pero lo viejo va perdiendo relevancia en forma muy paulatina. ¿Cómo hacer para congeniar el cambio con la estabilidad y la justicia social? ¿Cómo podemos renovarnos y permanecer unidos?

No apostamos a adaptarnos al cambio en forma pasiva, sino a organizarlo en forma activa. El hecho de que en el mundo y en Europa existan economías de mercado y Estados sociales muy variados demuestra a las claras que, en la actualidad, los márgenes nacionales para la organización siguen siendo muy amplios.

Cuando el SPD sancionó su Programa de Berlín en 1989, la dimensión y los contornos de la profunda transformación que se produciría en Alemania y Europa apenas podían advertirse muy a grandes rasgos. La caída del Muro el 9 de noviembre de 1989 representa la superación del orden de posguerra por parte de los europeos. El atentado al World Trade Center el 11 de septiembre de 2001 simboliza una nueva dimensión de conflictos globales que desafían a nuestra comunidad mundial.

Desde 1998, el SPD ha vuelto a tener la responsabilidad de gobernar para toda Alemania. Los hombres y las mujeres socialdemócratas organizan la política en los Estados Federados, en los municipios, los distritos y las comunas.

Con nuestra política hemos impulsado la renovación de nuestro país. Sin embargo, ha quedado demostrado que las directivas del Programa de Berlín ya no son suficientes para orientarnos en la práctica. Con todo, la reformulación de la política socialdemócrata para el siglo XXI puede retomar el Programa de Berlín. La orientación hacia los valores fundamentales de libertad, justicia y solidaridad,

vigente desde el Programa de Godesberg, sigue siendo de gran actualidad. Lo que se modifica no son nuestros valores fundamentales y nuestros objetivos, sino la situación política de partida para concretarlos.

Dado que somos el partido popular de izquierda en Alemania, nuestro debate sobre un nuevo programa partidario es para toda la sociedad y con toda la sociedad. Buscamos entablar alianzas con todos aquellos que apoyan los valores y los objetivos de la democracia social. Y nos prestamos seguros de nosotros mismos a la confrontación con aquellos que ostentan otras opiniones. Con ellos iremos a la ofensiva en la competencia por ver quién tiene las mejores ideas para Alemania. Los fundamentalistas del mercado formulan una promesa de libertad engañosa que enarbola como principio el egoísmo del individuo. En la actualidad nos vemos particularmente desafiados por ideas y desarrollos que apuntan a debilitar al Estado hasta hacerlo despreciable y a radicalizar la economía de mercado. Los conservadores ignoran que solo se podrá lograr una sociedad de seres libres e iguales allí donde una política organizativa cree las condiciones de partida como para lograrla. Por su parte, los populistas de izquierda desprecian el deseo de libertad de la gente y pretenden hacernos creer que existe la posibilidad de bajarnos de la realidad del cambio. En cambio nosotros, los hombres y mujeres socialdemócratas, sabemos que vivimos en un mundo cambiante, que hoy en día vuelve a ser necesario organizar el cambio para poder volver a posibilitar nuevas seguridades.

Por eso, en esta fase temprana del siglo XXI, lo primero y principal es volver a crear un consenso en torno de la cuestión del modelo de sociedad en el que queremos vivir y de las tareas prioritarias a emprender.

Para nosotros, existen tres proyectos cuya importancia es vital:

- Debemos organizar la globalización, fortalecer a la nueva Europa en lo político y continuar desarrollándola en lo social.
- Debemos renovar la economía social de mercado sobre la base de la competencia limpia y la innovación.
- Apostamos a un nuevo modelo del Estado social previsor.

Estos «Ejes para el nuevo programa partidario del SPD» describen los grandes desafíos a los que deberá enfrentarse la política a comienzos del siglo XXI. Mencionan cuáles son nuestros valores fundamentales y nuestros objetivos sin dar respuestas ya hechas. Se concentran con plena conciencia en aquellas áreas que deberían ser tratadas en forma prioritaria.

De ese modo, están marcando al mismo tiempo una etapa intermedia de la discusión programática de la socialdemocracia. Aúnan los resultados de trabajos previos, constituyendo la base de una primera etapa del debate intrapartidario y público. Los resultados desembocarán a comienzos de 2007 en un borrador para

un nuevo programa partidario, que deberá ser acordado en el congreso nacional partidario del SPD en el último trimestre de 2007.

II. Los valores fundamentales de la democracia social

La libertad, la justicia y la solidaridad son los valores fundamentales de la socialdemocracia; los tres tienen la misma categoría y se condicionan el uno al otro. Sus raíces intelectuales se encuentran en la idea cristiana de hombre, en el Humanismo, en el Iluminismo y en las experiencias del movimiento obrero. En nuestra sociedad, estos valores gozan de una enorme valoración que se ha mantenido intacta. Lo que hay que volver a fundamentar o definir no es la aspiración socialdemócrata de libertad, justicia y solidaridad. La cuestión que debemos responder es cómo hacer justicia a estos valores fundamentales de una manera nueva en las condiciones absolutamente distintas del siglo XXI.

Los hombres nacen como seres dotados de razón, con capacidad de libertad y de responsabilidad, con los mismos derechos y las mismas obligaciones. Lograr la misma dignidad y la misma libertad para todos los hombres es el punto de partida y el objetivo de todo nuestro accionar político. Los socialdemócratas aspiran a una sociedad en la que todas las personas puedan desarrollar su personalidad en libertad. La dignidad del hombre es independiente de su rendimiento y su utilidad.

La socialdemocracia es un movimiento por la libertad. Sin esa libertad individual, en el sentido de autodeterminación socialmente responsable, no puede haber una sociedad amante de la libertad. A su vez, la libertad individual también parte de condiciones sociales. Libertad no significa solamente estar libre de opresiones, sino sobre todo tener la libertad de organizar la propia vida. Porque las personas están en condiciones de llevar adelante una vida libre únicamente si tienen acceso a bienes públicos tales como la educación y la información y si gozan de una seguridad material suficiente. No hay libertad sin responsabilidad: quien tiene derechos tiene también obligaciones. Solo puede asegurarse la libertad en forma perdurable allí donde cada individuo asume de acuerdo con sus posibilidades la responsabilidad por sí mismo, por sus semejantes y por la comunidad.

La justicia exige que todas las personas, independientemente de su origen, su género o su pertenencia a una generación determinada, puedan tener parte en las condiciones de partida y los medios de una vida autodeterminada y autorresponsable. Pero tener justa parte significa antes que nada tener igualdad de oportunidades. Y esa igualdad solo se cumple cuando todas las personas tienen renovadas oportunidades de ser responsables de sus propias vidas, de tener parte en la educación, en el trabajo y en las posibilidades de la sociedad. La distribución justa del bienestar social también apunta a mejorar las posibilidades de todas las personas que forman parte de nuestra sociedad de tener parte efectiva y de acceder a las mismas oportunidades vitales. La justicia exige que se garantice la misma libertad y la misma dignidad a todas las personas, independientemente de los aportes individuales que puedan hacer a la comunidad. Pero la justicia también exige el reconocimiento de esos aportes diversos a la comunidad.

La solidaridad es la disposición que tienen las personas y los grupos a responder los unos por los otros en forma activa y voluntaria, más allá de las obligaciones jurídicas. Se trata de defender a los más débiles, pero también, al mismo tiempo, de que todas las personas estén dispuestas a intervenir activamente en los asuntos que competen a su comunidad. Esta disposición de las personas hacia la comunidad es fundamental para nuestra sociedad. Nuestro Estado social es la solidaridad organizada. Solo una comunidad cuyos integrantes se manifiesten dispuestos a la solidaridad y sean capaces de ejercerla demostrará estar a la altura de los desafíos futuros.

Pero la capacidad y la disposición a la solidaridad no vienen por sí solas, ni tampoco se pueden forzar. La solidaridad debe recrearse más bien en forma cotidiana en un proceso de entendimiento de nuestra sociedad. En una sociedad que vive en condiciones de individualización, con diferentes estilos de vida, la solidaridad experimentada en forma activa se torna cada vez más difícil y, al mismo tiempo, cada vez más importante.

Es esencial comprender que los valores fundamentales de la libertad, la justicia y la solidaridad se condicionan, completan y limitan mutuamente.

Solo aspirando a alcanzar estos tres valores fundamentales y defendiéndolos en su conjunto se puede lograr que cada uno de ellos se haga realidad. Quien ponga a jugar estos valores entre sí, al final no le hará justicia a ninguno. La comprensión profunda de ello es lo que diferencia al SPD de otros partidos en Alemania.

En la historia de la socialdemocracia alemana, el socialismo democrático fue siempre el modelo opuesto a la dictadura del socialismo de Estado. Lo que se expresaba en él no era la idea de un estadio final de la sociedad, sino una concepción de valores y un movimiento político. Ahora que la confrontación entre ambos sistemas ha dejado de existir, este concepto encarna la comprensión perdurable de que dentro de una economía de mercado también deben existir siempre áreas vitales y bienes públicos que escapen a la lógica del mercado y que estén orientados a cubrir necesidades.

Estos elementos del orden comunitario que están fuera del mercado son una fuente imprescindible de calidad de vida y de igualdad de oportunidades en nuestra sociedad y deben ser fortalecidos en tanto constituyen las condiciones de partida fundamentales de la democracia social.

III. Los objetivos de la democracia social

El SPD se entiende como una fuerza de la renovación y como un partido de actualidad comprometida con los hombres y las mujeres de nuestro país.

Los puntos de partida de nuestro programa son las contradicciones concretas de nuestro tiempo que las personas experimentan en su vida cotidiana. A partir de

esas líneas de tensión crecen las exigencias de una política socialdemócrata orientada a largo plazo. ¿A qué desafíos nos enfrentamos? ¿Con qué objetivos nos comprometemos?

Nuestro objetivo: Un orden mundial pacífico

Hasta ahora, las esperanzas de lograr un orden mundial pacífico después del fin de la Guerra Fría no han podido hacerse realidad. Hasta el momento no se han impuesto ni el desarme, ni el entendimiento entre culturas, ni la democracia, ni un desarrollo más justo de la economía mundial, sino más bien todo lo contrario. A su vez, surge como una nueva amenaza la privatización de la violencia. La pobreza, la escasez de recursos, el fundamentalismo religioso y los conflictos territoriales abonan el terreno para que el terrorismo internacional adopte nuevas formas. Al mismo tiempo, en el siglo XXI el mundo deberá afrontar problemas tales como la seguridad energética, el agotamiento de recursos, la proliferación de armas de destrucción masiva y la violación de los derechos humanos.

Los valores fundamentales de la democracia social no se detienen en las fronteras del Estado nacional. Tenemos como objetivo un orden mundial pacífico. La Alemania unificada y soberana tiene una responsabilidad y un deber especiales de aprovechar sus nuevas oportunidades de acción. Sabemos que los intereses nacionales sólo pueden perseguirse en tanto sean compatibles con los de nuestros socios europeos y globales. Las Naciones Unidas son el instrumento principal de la comunidad internacional para lograr la paz y la estabilidad en todo el mundo. Para hacer que este organismo sea más democrático y más eficiente en su accionar, es imprescindible continuar reformándolo.

Asegurar una paz perdurable es una tarea global. Presupone una arquitectura de seguridad global que se basa en los principios de la multilateralidad y la prevención de crisis por medios pacíficos. Nuestro concepto de seguridad ampliado incluye sobre todo estrategias políticas, económicas, sociales, ecológicas, diplomáticas y de políticas de desarrollo. Estas estrategias resultan eficaces y duraderas para salvaguardar la paz en forma preventiva. Sabemos que también puede llegar a ser necesario recurrir a instrumentos militares para salvaguardar la paz. Pero éstos deben ser utilizados exclusivamente como último recurso, una vez agotadas todas las demás medidas, en estricta consonancia con el derecho internacional y tras ser sometidos a la aprobación del Parlamento Alemán. A escala global, hay que garantizar el respeto del Estado de derecho reforzando los fueros internacionales. Los hombres y las mujeres socialdemócratas seguimos sosteniendo la idea de que los derechos humanos son indivisibles y sabemos que los derechos humanos civiles, políticos, económicos, sociales y culturales se condicionan mutuamente. En lo referente a la política internacional, también apostamos no al derecho del más fuerte, sino a la fuerza del derecho.

Para fortalecer este proyecto para el mundo del mañana necesitamos a Europa. Si Europa aún sus potenciales, su peso en el mundo será muy grande. Los socialdemócratas queremos asumir en forma activa la responsabilidad de hacer

realidad este objetivo. Solo una Europa unida en su política exterior puede llegar a contribuir de manera eficaz a afianzar la paz y la estabilidad, a respetar e imponer el derecho internacional y los derechos humanos, a lograr el desarme y el control armamentista y a combatir la pobreza en el mundo. Por eso debemos fomentar enérgicamente el estímulo de políticas conjuntas en lo referente a la política exterior y de seguridad, de defensa y de desarrollo.

Nuestro objetivo: una globalización justa

Las relaciones comerciales allende las fronteras acompañan al capitalismo desde sus inicios. Sin embargo, lo que en la actualidad vivimos y caracterizamos como globalización, impulsada por la dinámica de los mercados de bienes y financieros, constituye una nueva fase y calidad del desarrollo del capitalismo. La globalización es un proceso económico y, al mismo tiempo, un desafío político, cultural y ecológico. Internet, los medios y las nuevas posibilidades de la movilidad acercan al mundo más que nunca. La nueva orientación hacia la búsqueda de rédito a corto plazo pone bajo presión a las plazas de inversión, a las empresas y a los empleados. Muchas personas viven con la sensación de ser piezas de un juego cuyas reglas desconocen.

Los gobiernos regionales y nacionales se ven enfrentados a empresas de accionar internacional. El Estado nacional pierde atribuciones a manos de actores transnacionales y no estatales. En la competencia internacional, países como China y la India avanzan enérgicamente de la periferia al centro de la economía mundial. Al mismo tiempo, regiones enteras quedan totalmente al margen del bienestar. Pero también está claro que hasta ahora Alemania siempre ha sido usufructuaria del comercio libre mundial. Si la globalización se organiza en términos políticos, se crearán oportunidades de poder aumentar el bienestar y la justicia en todo el mundo y se generará la posibilidad de que cada vez más personas tengan parte en los frutos de este desarrollo.

Una globalización justa significa dos cosas: más oportunidades para las regiones en vías de desarrollo, pero también reglas de juego claras para los países desarrollados y las empresas que operan en forma global. Tomando como parámetro una economía social de mercado global, queremos darle un nuevo marco de ordenamiento al capitalismo internacional.

Para ello se requieren una arquitectura financiera internacional y la imposición de estándares sociales y ecológicos, dentro y a través de las instituciones internacionales que son determinantes para la economía mundial. Una respuesta esencial a la globalización es el fortalecimiento de Europa hacia adentro y hacia afuera. Lo que ya no puede hacer el Estado nacional debe hacerse posible apelando a nuevas formas de nacionalidad en el ámbito europeo e internacional.

La superación de la pobreza, el fortalecimiento de los derechos humanos, el acceso de cada vez más gente al bienestar global y el entendimiento entre culturas crean las condiciones de partida para un orden mundial pacífico.

Abogamos por mejorar la igualdad de oportunidades en el comercio mundial. Los países en vías de desarrollo necesitan tener un mejor acceso a los mercados de los países ricos. Los objetivos del milenio de las Naciones Unidas para lograr un orden mundial más justo constituyen para nosotros un parámetro obligatorio.

Nuestro objetivo: bienestar y ocupación

Nos encontramos en medio de un proceso de transformación profunda que se dirige hacia una economía del conocimiento y los servicios de base industrial. En el futuro, nuestra economía también estará supeditada a una industria fuerte e innovadora, aunque ya no funcionará según los modelos de las sociedades industriales del siglo XX, orientados hacia los Estados nacionales.

Cada vez más personas se ocupan de procesar información y conocimientos. Las empresas se vuelven más grandes, las fábricas más chicas, los vínculos con la región cada vez más débiles y las redes internacionales, cada vez más fuertes. Esto repercute en los mercados laborales y en las biografías profesionales. La exigencia de flexibilidad horaria y movilidad espacial de las personas ha ido en aumento. Además, hace rato que la formación adquirida en una etapa de la vida tampoco alcanza para toda la carrera profesional.

Nuestro mercado laboral se ha vuelto mucho más diverso. Por un lado, el trabajo se vuelve cada vez más precario, desprotegido y mal pago, sobre todo en perjuicio de las mujeres; las personas atraviesan nuevas inseguridades y están sometidas a exigencias desmedidas. Por otro lado, en muchas áreas ha crecido el margen de acción para el trabajo creativo y autónomo.

Al mismo tiempo, el problema de la desocupación masiva, que lleva décadas sin poder resolverse, les resta a muchas personas la posibilidad de acceso a los beneficios de tener parte en la sociedad. La distribución del ingreso y el patrimonio se modificó en perjuicio de los empleados y empleadas y de los pequeños autónomos. Esto no es justo ni económicamente razonable. En múltiples sentidos no se ha logrado aprovechar los potenciales productivos de nuestra sociedad en favor de todos. El fundamentalismo del mercado no hizo más que agudizar esta contradicción entre la posibilidad y la realidad. Y, por eso, ha fracasado en lo económico y en lo moral.

La base de nuestro bienestar es la economía social de mercado, que no existiría en Alemania de no haber sido por la socialdemocracia y los sindicatos. Sus raíces se remontan al siglo XIX, y muchos de sus logros los obtuvo la gente misma a fuerza de lucha. La economía social de mercado también marcará el siglo XXI si la renovamos de modo tal que posibilite un nuevo bienestar en condiciones que se han modificado.

Nuestros objetivos son bienestar para todos y la oportunidad efectiva de todas las personas de tener un trabajo remunerado. Cuanto mayor sea la cantidad de

hombres y mujeres que participan de la creación conjunta de valor agregado a través del trabajo mental y físico, mayor será nuestro bienestar. Todas las personas tienen el derecho pero también la obligación de ganarse la vida a través de un trabajo remunerado en tanto estén en condiciones de hacerlo. Una política que se mantenga firme en su objetivo de lograr la plena ocupación en una economía dinámica no puede apuntar únicamente a defender los puestos de trabajo concretos ya existentes. En el siglo XXI, la política económica y ocupacional será exitosa en tanto combine dos enfoques. Por un lado, debe haber a disposición suficientes puestos de trabajo nuevos; por el otro, hay que asesorar a la gente en el transcurso de su vida laboral activa para que pueda estar a la altura de las exigencias cambiantes de la profesión. Resulta fundamental para alcanzar el objetivo de la equiparación de género mejorar las oportunidades en el mercado laboral. Durante las últimas décadas, las mujeres han logrado obtener a fuerza de lucha mejores oportunidades en el mundo laboral. Con todo, hay muchos obstáculos que continúan obstruyendo el camino hacia una verdadera equiparación total. Queremos remover esos obstáculos del camino.

Un desafío particular para nuestro país es continuar con la reconstrucción del Este. Alemania oriental posee grandes fortalezas sobre las cuales queremos basarnos, entre las cuales se cuentan principalmente sus hombres y mujeres, que son flexibles, están altamente calificados y muy motivados. Debemos sentar ahora las bases para que los nuevos Estados federados puedan seguir desarrollándose por fuerza propia cuando el pacto solidario llegue a su fin.

Nuestro objetivo: solidaridad generacional en una sociedad proclive a los niños

Alemania está experimentando un desarrollo poblacional que requiere un cambio de pensamiento y una rectificación enérgica del rumbo en muchas áreas. Nuestro país necesita niños. Y ya hoy lo sabemos: como el número de padres potenciales sigue decreciendo, el número absoluto de los niños y jóvenes nacidos en nuestro país seguirá disminuyendo durante las próximas décadas. Al mismo tiempo y por fortuna, la expectativa de vida de la gente seguirá subiendo. Pero frente a la gran cantidad de ancianos, en nuestro país ya no hay suficientes niños ni generaciones venideras, con las potenciales consecuencias dramáticas que esto puede llegar a acarrear para la dinámica económica y la financiación de nuestros sistemas de seguridad social. El primer deber de una política de solidaridad generacional es hallar medios y caminos para amortiguar el impacto de este desarrollo poblacional desfavorable. Pero no bastará únicamente con adaptarse al envejecimiento. La política debe al mismo tiempo contribuir en la medida de sus posibilidades a rectificar este desarrollo demográfico desfavorable. Para lograrlo, se necesitan políticas inmigratorias y de integración adecuadas, al igual que una política tendiente a conformar una sociedad proclive a los niños.

Un país sin niños es en todo sentido un país sin futuro: no tiene futuro social, económico ni cultural. Solo una sociedad proclive a los niños puede ser una sociedad dinámica y de crecimiento fuerte. Uno de los desafíos más importantes

para Alemania es el de la pobreza infantil. Pobreza en el doble sentido de la palabra: se trata de la falta de niños y de la pobreza de los niños. Queremos que vuelvan a nacer más niños en nuestro país y que cada uno de esos niños tenga oportunidades de vida justas.

Ningún niño en Alemania debe ser desatendido, a ningún joven deben faltarle oportunidades para su futuro. Todos los niños tienen el mismo derecho a un buen cuidado y educación desde un principio. De la calidad de la educación y formación de nuestros niños dependen sus oportunidades individuales de vida y, al mismo tiempo, el futuro económico de nuestro país.

Apostamos a una política familiar que permita a los hombres y las mujeres jóvenes concretar más fácilmente su sueño de tener hijos sin que por eso se vean amenazados sus deseos y perspectivas laborales. Para ello deben cumplirse cuatro condiciones. Primero: las mujeres necesitan tener igualdad de oportunidades en el mercado laboral. Para que haya solidaridad generacional, primero debe haber justicia de género. Segundo: los niños deben tener desde el principio buenas posibilidades de cuidado. Tercero: las familias necesitan tener apoyo financiero. Y cuarto: los hombres también deben poder y querer cumplir su rol de padres.

Al mismo tiempo, el número de personas ancianas en nuestra sociedad irá en aumento. Habrá nuevas formas de vivienda del mismo modo que habrá nuevas formas de organización del trabajo. La cantidad de años en actividad laboral continuará aumentando en las próximas décadas. Se necesita un aprendizaje continuo durante toda la vida para poder mantenerse a tono con los cambios de la técnica, la organización laboral y el conocimiento, y para seguir innovando. Y no podemos darnos el lujo de continuar con la práctica usual de dejar de capacitar a los empleados de mayor edad, ni ahora ni mucho menos en el futuro.

Nuestro objetivo es una sociedad en la que jóvenes y viejos convivan en solidaridad. En una sociedad que envejece, hoy más que nunca se necesita hacer valer las capacidades y experiencias especiales de las personas mayores en todos los niveles. Se debe garantizar la participación social de la generación mayor en todos los ámbitos de la vida. Para lograrlo, necesitamos una política abarcadora para la edad más avanzada, que sienta las bases para una nueva forma de solidaridad generacional y que incluya al gran número de mujeres que viven solas.

Nuestro objetivo: la inclusión social de todos

La vieja cuestión social estaba determinada por el conflicto entre el capital y el trabajo. Si bien este conflicto no está resuelto, hace rato que otras cuestiones sociales candentes pasaron a primer plano. Muchas personas experimentan inseguridad o la exclusión permanente de la participación efectiva en la vida económica, social y cultural. A diferencia de décadas anteriores, hoy en día el origen social ha vuelto a incidir más fuertemente en las oportunidades de vida, de educación y de trabajo. Si bien las oportunidades para las mujeres en el mercado laboral han mejorado, aún estamos lejos de superar todas las formas de

discriminación. La desocupación de largo plazo termina tarde o temprano por marginar a individuos y a grupos enteros. La promesa de la economía social de mercado era: «trabajar para pertenecer». Hace tiempo que esa promesa ha dejado de ser válida para todos. La exclusión afecta también justamente a aquellas personas que han llegado a Alemania desde otros países. Alemania es un país de inmigración. Sin embargo, tanto nuestra sociedad como una parte de los que han venido a Alemania presentan déficits muy claros en cuanto a su capacidad y a su voluntad de integración. Las formas étnico-culturales de exclusión y de autoexclusión acarrearán una dispersión de la sociedad en culturas paralelas que saben muy poco la una de la otra.

Nuestro objetivo es que todas las personas puedan formar parte de la vida social y cultural de nuestra sociedad. La promesa de «trabajar para pertenecer» debe ser renovada. Aquel que tiene una ocupación de tiempo completo debe poder mantenerse con sus propios ingresos. Los grandes riesgos sociales como la enfermedad, la incapacidad y la desocupación, además de las etapas de inactividad requeridas socialmente, tales como las de educación y vejez, deben estar aseguradas en forma solidaria. Tener parte significa reconocer que, en el Estado social, las personas son ciudadanos y ciudadanas que tienen derechos y obligaciones. Si bien nuestro sistema de seguridad social tiene sus raíces en el despotismo ilustrado del siglo XIX, en la República Federal de Alemania continuó desarrollándose bajo el influjo socialdemócrata para convertirse en la base de una sociedad liberal de ciudadanos. Ahora queremos renovarlo en el marco de un modelo social europeo conjunto y hacerlo apto para el futuro, para el siglo XXI. Pudiendo aprender de las buenas experiencias que tuvieron otros países al renovar su comunidad, debemos tener el valor de abrir nuevos caminos.

La educación y el conocimiento son las grandes fuentes de energías sociales y, al mismo tiempo, económicas. Hoy más que nunca, una buena educación y una buena formación, así como un conocimiento del futuro acorde a los tiempos, resultan decisivos para el futuro de cada individuo y deciden también sobre la fuerza innovadora y la competitividad, sobre el crecimiento económico y sobre la aptitud futura de nuestra sociedad en su conjunto. La educación es la condición de partida de la libertad individual, de la capacidad de aprendizaje y de la apertura cultural, de la capacidad de juicio y de crítica; sirve para autoafirmarse culturalmente y aumenta la oportunidad de autorrealizarse. La educación y la formación también implican la enseñanza de valores. Los jóvenes deben aprender las normas y los valores de nuestra sociedad. En el futuro, tampoco podremos pensar la educación en términos nacionales: debemos orientar la educación mucho más hacia un horizonte europeo e internacional.

La oportunidad de las personas de formar parte de la sociedad a través del acceso a la educación no puede depender de su origen social y étnico o de su género. Es por eso que la igualdad de oportunidades de acceder a la educación, la formación y la cultura constituyen un elemento central para la igualdad de oportunidades y el derecho a formar parte integrante de la sociedad. Los niños provenientes de círculos ajenos a la educación, a menudo con trasfondo migratorio, necesitan que

les brindemos una incentivación especial. Necesitamos tener más personas con educación y formación superior de calidad en todos los ámbitos de nuestra sociedad. Se debe ampliar más el acceso a los estudios superiores para los talentosos de todos los niveles sociales. Todas las áreas de la educación deben regirse por cuatro principios: integridad, igualdad de oportunidades, permeabilidad y calidad. Queremos la mejor educación posible para todos, desde el jardín de infancia hasta la universidad, y queremos incentivar al mismo tiempo la ampliación de la base y la cúspide.

Nuestro objetivo: un progreso sostenible

Nuestro bienestar también depende del progreso en la ciencia y en la técnica. Al mismo tiempo, sabemos que no es justificable ni posible ampliar al resto del mundo la manera en que los países industrializados han utilizado hasta ahora los recursos no renovables.

Los conflictos en torno de las materias primas van en aumento y el cambio climático amenaza con quitarles el sustento a muchas personas en todo el mundo. Precisamente en el área de la seguridad energética, las crisis internacionales de los últimos años constituyen una clara advertencia. Entre los riesgos se cuenta, por ejemplo, la propagación incontrolada de tecnología nuclear capaz de crear armas y el riesgo de desabastecimiento de petróleo y gas.

Por eso, las tecnologías y los métodos que permiten un crecimiento sostenible constituyen la tarea innovadora más sobresaliente de nuestro tiempo. Sin embargo, no todo lo que se puede hacer es justificable. Las tecnologías que conllevan un riesgo desafían nuestra capacidad de juicio y de acción.

Nuestra meta es un progreso que esté comprometido con la idea básica de la sostenibilidad. Esto significa que no podemos actuar solamente pensando en el aquí y ahora, sino que tenemos que asumir la responsabilidad por el futuro de las generaciones venideras.

En la cuestión de la utilización de la energía futura se conjugan los desafíos sociales, económicos y ecológicos a escala global.

Queremos y debemos salir de las presiones de la economía nuclear y de la petrolera para activar a largo plazo el avance hacia la era solar. Es indispensable abandonar la energía nuclear. Apostamos a un nuevo «mix» energético conformado por el ahorro energético, la eficiencia energética, la utilización inteligente del carbón y del gas y, sobre todo, el desarrollo de las energías renovables.

En el campo de la tecnología genética y biológica encontramos una dinámica especial. Esta tecnología revoluciona nuestro conocimiento sobre el surgimiento y la función de la vida humana. La discusión bioética acerca del progreso que queremos permitir y los límites que queremos poner debe volver a plantearse una y

otra vez como debate social. Nos mantenemos partidarios de prohibir la intervención selectiva en los caracteres hereditarios humanos.

No solamente la economía y la política son responsables de una forma económica y de vida sostenibles. Queremos fortalecer al ciudadano responsable de sí mismo que a su vez piensa de manera integral y que en su rol de productor, consumidor e inversor financiero es consciente de su corresponsabilidad para lograr el bien común.

Nuestro objetivo: seguridad y orientación en transformación

La transformación acelerada de la economía y la sociedad ha provocado inseguridad en muchas personas. La necesidad de orientación y apoyo va en aumento. La competencia por el rendimiento, las exigencias cada vez más altas de flexibilidad y movilidad profesional y la sensación de muchos de haber dejado de pertenecer constituyen una carga para la convivencia en nuestra sociedad. Esta sensación se ve incrementada por un sector de los medios que se orienta cada vez en mayor medida a cuestiones personales, escándalos y emociones fuertes. Al mismo tiempo, los lugares tradicionales en los cuales se puede experimentar y aprender la solidaridad y la cohesión social (la familia y el trabajo remunerado, la escuela y la iglesia, la comuna y el barrio, las asociaciones, los amigos y los círculos vecinales) han ido perdiendo su fuerza cohesiva. La cuestión aún no resuelta de qué será lo que mantenga cohesionada a nuestra sociedad en el futuro no puede responderse recurriendo a la idea de una «cultura alemana guía», idea inservible que nos retrotrae al pasado.

El objetivo de la política socialdemócrata es posibilitar mayor seguridad y orientación a las personas y volver a fortalecer la cohesión en nuestra sociedad.

Las instancias tradicionales de la comunidad no son de ninguna manera algo pasado de moda. Por el contrario, otorgan a las personas fuerza y orientación, significan patria, allí la sociedad se organiza sola. Por eso, esos lugares de solidaridad encarnada conforman la base de la sociedad civil en Alemania. Contribuyen en forma decisiva a que la gente encuentre contención, participación y reconocimiento. Allí los principios del mercado no juegan un papel tan importante como el compromiso honorario, voluntario, y el vínculo mutuo. Si no se fortalecen las fuerzas cohesivas que parten de los lugares vívidos de la solidaridad social, los grandes desafíos del siglo XXI serán humanamente imposibles de afrontar.

Al mismo tiempo, en una época en la que los cambios son acelerados, los parámetros de valor y la orientación hacia los valores resultan particularmente importantes. La inseguridad y la celeridad de nuestros tiempos, además del efectismo mediático, exigen una enseñanza orientada hacia los valores. Una sociedad como ésta necesita un modelo orientado hacia un enfoque integrador y humanista. Llevar adelante un modelo así para toda nuestra sociedad en el siglo XXI será una meta importante a incluir en un debate programático socialdemócrata.

En su calidad de partido popular orientado hacia los valores, el SPD constituye una activa potencia protectora y organizativa de Alemania. No alcanza con proclamar valores y normas. Necesitamos también instancias fuertes que permitan imponer estos principios y reglas. Precisamente por ello es que apostamos a la capacidad de integración de los grupos sociales. Al mismo tiempo, nos comprometemos a forjar un Estado moderno y con capacidad de acción que cree oportunidades de vida, promueva la inserción de toda su gente e impida la exclusión. Esta tarea es necesaria para crear una orientación y promover la cohesión social. La realizamos con la conciencia de ser parte de una cultura europea que posee la fortaleza intelectual de promover la coexistencia pacífica de las culturas y hacer frente a los desafíos del siglo XXI. Seguridad también significa proteger a la gente de la violencia y la criminalidad. Estamos de forma estricta en contra de la criminalidad y de forma estricta en contra de sus causas.

IV. Un nuevo acuerdo social

La libertad, la justicia y la solidaridad son los valores fundamentales con los cuales la socialdemocracia también se compromete en el siglo XXI. Una sociedad de libres e iguales necesita llegar a un acuerdo acerca de cómo hacer para conciliar los intereses diversos entre los grupos sociales, las generaciones y los géneros. La división social permanente entre ganadores y perdedores dañaría a todos por igual y terminaría por convertir en perdedores incluso a los supuestos ganadores. Por eso, la única manera de que nuestra sociedad pueda hacer justicia a las condiciones radicalmente modificadas de nuestro tiempo es haciendo un enorme esfuerzo conjunto por renovarse.

Pero en Alemania y en Europa solo seremos capaces de realizar ese esfuerzo si se logra formular un nuevo acuerdo social.

Lo que pretendemos es llegar a un acuerdo acerca de las bases de nuestra sociedad y la transformación de sus condiciones de partida; acerca de la relación recíproca moderna entre los derechos y las obligaciones, las prestaciones y las contraprestaciones, qué dar y qué quitar en nuestro país.

Este nuevo acuerdo social debe incluir al Estado, las ciudadanas y los ciudadanos, pero también a las comunidades y a las asociaciones. Lo que se necesita es que todos los actores participantes cambien la imagen que tienen de sí mismos, orientándola a la obtención de ganancias adicionales por medio de la cooperación.

Estamos persuadidos: quien quiera una sociedad humana debe hacer realidad la equiparación de los géneros en todos los aspectos de la vida. Lograr la igualdad de oportunidades para hombres y mujeres en la sociedad, la profesión y la familia sigue siendo una tarea central. Aspiramos a una reforma del mercado laboral para hacerlo más justo desde el punto de vista del género y a una distribución más pareja del trabajo remunerado y no remunerado. Queremos que tanto los hombres

como las mujeres puedan concretar sus sueños profesionales y que puedan dividirse la atención hacia la familia con más compañerismo.

Un nuevo acuerdo social debe fortalecer la democracia. Queremos una democracia vital y que todos tengan los mismos derechos de participación en las decisiones de la sociedad. La democracia nunca está asegurada para siempre, hay que luchar en todo momento para mantenerla y llenarla de vida, en lo micro y en lo macro. Garantizamos el Estado con capacidad de acción en una sociedad civil activa. Para que el Estado democrático goce de aceptación entre sus ciudadanos y ciudadanas, es fundamental que éstos puedan comprender su accionar en todos los niveles. En nuestra democracia federal moderna hay que volver a examinar en forma constante qué esfera de acción estatal debe asumir la responsabilidad de qué decisiones. Queremos fortalecer el principio de subsidiariedad.

Necesitamos una sociedad civil fuerte. Para poder renovar los lazos sociales, la solidaridad y la cohesión en todas partes de nuestra sociedad, para utilizar las libertades de manera responsable y asegurar y desarrollar espacios públicos para todas las personas en su calidad de vida, dependemos de tener ciudadanas y ciudadanos activos. Resultan en gran medida ejemplares su conciencia de la responsabilidad y su disposición constante a intervenir en favor del bien común, realizando trabajos voluntarios y comprometiéndose en forma honoraria. Para acompañar las propuestas sociales, para cuidar las instituciones públicas, en las comunas y en los barrios, en las asociaciones y en los gremios, en la cultura y el deporte y, sobre todo, para integrar a los inmigrantes y entablar el diálogo entre distintas religiones, es fundamental que los ciudadanos llenen de vida nuestros valores fundamentales por iniciativa propia. Nuestra comunidad democrática, desde las ciudades y las comunas hasta el nivel del Estado central, obtiene la mayor parte de su capacidad de futuro a partir de esta sociedad civil activa.

Necesitamos declararnos partidarios de nuestro Estado. Es necesario un Estado activo y cooperativo que apoye a los ciudadanos y ciudadanas para que actúen en forma solidaria y autorresponsable. Un Estado así no puede ser burocrático, sin peso ni autoridad. Necesitamos un Estado con capacidad de acción. Y ese Estado necesita recursos financieros para poder actuar en favor del bien común. Al mismo tiempo, este Estado con capacidad de acción puede garantizar el acceso de las personas a los bienes públicos, puede actuar con precisión y con justicia; y es justamente así como gana el consenso de los ciudadanos y las ciudadanas.

Consideramos que debemos llegar a un nuevo acuerdo social que se base especialmente en la comprensión de que:

- Si en el siglo XXI se va a exigir más flexibilidad a las personas, entonces a cambio hay que poder garantizarles nuevas formas de seguridad social acordes a la época, el derecho a participar en las ganancias y en la toma de decisiones, en la educación y la reactivación.

- Si en el futuro queremos mantener un bienestar alto, entonces habrá que realizar inversiones públicas en servicios sociales, en educación, innovación e infraestructura.

- Si el Estado pretende conservar su capacidad de prestación y su legitimidad en esas condiciones distintas, entonces deberá hacerse sentir, acompañando a los ciudadanos y ciudadanas en todo momento como un socio confiable.

- Si queremos que los mercados globales aumenten el bienestar de modo sostenible y generen más empleo, entonces debemos diseñarlos de manera justa en favor del bien común, tanto en el nivel nacional como en el europeo y en el internacional.

- Si queremos hacer realidad el objetivo de lograr la igualdad de derechos entre los géneros en las condiciones actuales, entonces las mujeres deben tener igualdad de oportunidades en el mercado laboral, y además hay que garantizarles a hombres y mujeres la posibilidad de conjugar su trabajo con su familia.

- Si apostamos a aumentar el crecimiento en el siglo XXI, entonces debemos tener en claro que esto solo será posible y justificable sobre la base de una utilización sostenible de los recursos.

- Si queremos que en el siglo XXI Alemania sea una sociedad vital y con diversidad cultural, entonces todos los grupos deben aceptar nuestra Constitución y los principios que la subyacen.

A través de los contenidos de este nuevo acuerdo social, los hombres y las mujeres socialdemócratas buscamos entablar un diálogo con todos los ciudadanos y las ciudadanas de nuestro país. El acuerdo será una parte fundamental de la discusión acerca del nuevo programa partidario del SPD.

En este punto, consideramos que hay tres elementos centrales de particular importancia para conjugar la transformación con la seguridad: la inclinación integral hacia la dimensión europea de la organización política, la renovación de la economía social de mercado así como el desarrollo sistemático del Estado social previsor.

1. Fortalecer a la nueva Europa en lo político y organizarla en lo social.

La unificación europea constituye la historia de éxito más grande e importante de la era de posguerra. Asegura la paz en Europa, promueve el crecimiento y protege nuestros intereses. Las fronteras abiertas y el crecimiento conjunto de los pueblos significan para muchas personas la realización de un sueño. La relación positiva y activa de Alemania con la Unión Europea se vuelve aun más importante en la nueva Europa. Ya que la ampliación hacia el Este, la moneda común europea y el entramado económico cada vez mayor han unido a la nueva Europa, que se ha vuelto esencialmente más grande, en forma tan estrecha como nunca antes.

En la era de la globalización, Europa es al mismo tiempo una zona de creación y de protección. Está claro que una Europa unida ofrece ventajas que prevalecen frente a cualquier otra alternativa imaginable. Pero, al mismo tiempo, la implementación del euro, la burocracia a menudo exagerada y una competencia leonina de impuestos y plazas de inversión han generado inseguridad en muchas personas. El proceso de unificación europea conoce ganadores y perdedores también en el seno de Alemania. Por eso, es necesaria una Europa que se entienda a sí misma como un espacio vital común que se basa de manera simultánea en la competitividad, en estándares sociales mínimos y en la sostenibilidad.

Una integración orientada únicamente hacia lo económico amenaza las coincidencias existentes y la legitimidad del proyecto europeo. La única manera de poder continuar con la profundización necesaria de la Unión Europea es logrando convencer a los ciudadanos de su utilidad. Por eso, el que quiera sacar provecho de la unidad europea deberá al mismo tiempo crear las condiciones de partida para el crecimiento económico. Los ganadores de la política europea no pueden abandonar a quienes se ven perjudicados por ella.

En el siglo XXI, Europa solo podrá ser una región innovadora y de crecimiento fuerte si al mismo tiempo se la organiza como un espacio social atractivo. No existe un único modelo social europeo, pero sí hay un compromiso conjunto de seguir el principio de la economía social de mercado, tal como está previsto en el borrador de la Constitución Europea.

En este sentido, abogamos por entender y organizar a Europa como respuesta positiva a los desafíos de la globalización. Desde una perspectiva socialdemócrata, Europa significa un proceso de dar y quitar para ventaja de todos. Otro punto importante para un nuevo acuerdo es redefinir la relación entre nuestra sociedad y la Unión Europea. El camino hacia una Europa que contribuya en forma determinante a regular la globalización y a estimular el crecimiento cualitativo y la participación efectiva pasa por el fortalecimiento de la Unión Europea. Una Europa fuerte presupone unos Estados nacionales que tengan capacidad de acción, pero que al mismo tiempo sean conscientes de sus propios límites en su accionar, y que por eso estén dispuestos a cooperar. En tanto socios comprometidos mutuamente, tales países reconocen en la Unión Europea un proyecto histórico que les brinda a todos una ganancia adicional. Este valor agregado de Europa exige también que las instituciones europeas tengan suficiente capacidad de acción, que haya reglas claras para la toma de decisiones y una oportunidad realista de poder alcanzar mayorías para diseñar políticas. Por eso nos manifestamos a favor de una Constitución Europea. Los socialdemócratas estamos convencidos de que una Europa fuerte también tiene que ser transparente y democrática para que sus decisiones encuentren aceptación entre la gente. Sabemos que la cercanía de los ciudadanos no es solo una cuestión geográfica, sino que también depende de que las personas, sus intereses y necesidades se hallen en el centro de la política.

La UE ha contribuido de manera determinante a abrir los mercados. Estos procesos deberían estar acompañados de una política que asegure estándares

mínimos. En lugar de una leonina competencia social y tributaria, hay que crear estándares sociales, coordinar las principales tasas impositivas y fijar salarios mínimos por ley. La coparticipación de los empleados se ha revelado como una fuerza productiva especial que queremos aplicar también en las empresas europeas.

Aún estamos lejos de agotar los márgenes de acción para coordinar políticas económicas, financieras y monetarias en la amplia área económica de la UE. Las instituciones de la UE deben comprometerse en primer término con el objetivo de crear empleo. Si queremos fortalecer la capacidad de acción y, sobre todo, la capacidad de coordinación de la UE, también debemos facilitarle los recursos financieros adecuados. En perspectiva, el camino correcto para alcanzar ese objetivo sería generar una fuente tributaria propia para la UE.

El proceso de Lisboa ha mostrado el camino correcto para integrar las metas económicas, sociales y ecológicas. Pero hasta el momento la puesta en práctica ha resultado bastante decepcionante: la fuerza innovadora y la competitividad de Europa, como también su cohesión social, han quedado por debajo de sus posibilidades. Hay que ajustar más los objetivos de Lisboa y renovar el modelo social europeo. El objetivo: Europa tiene que desempeñar un papel central y activo como actor económico para imponer una arquitectura financiera estable y comprometer a los actores en los mercados financieros a desarrollar una estrategia económica a largo plazo.

2. Competencia justa e innovación: renovar la economía social de mercado.

Los hombres y las mujeres socialdemócratas abogamos por la competencia justa en el mercado. La competencia es una base importante de nuestro bienestar. Pero los mercados no son perfectos. Por eso, para poder funcionar necesitan reglas justas y un marco claro.

Necesitamos una política económica que esté orientada hacia los valores y los objetivos compartidos por la gran mayoría de nuestra sociedad: un crecimiento sostenible, mayor empleo, la distribución más justa del bienestar.

Durante demasiado tiempo se habló mal de nuestro país, y eso le hizo perder oportunidades. Nuestra economía es en muchos aspectos fuerte y competitiva. Pero no podemos sentarnos a descansar sobre los laureles. La tarea más importante en Alemania es crear puestos de trabajo calificados y con capacidad de futuro que tengan un alto valor agregado. Los cambios radicales de nuestra época nos brindan al mismo tiempo datos acerca de las necesidades y los mercados del futuro: una sociedad que envejece implica una demanda de nuevos productos y servicios; la escasez mundial de materias primas exige soluciones innovadoras.

Lo que se necesita es una política realista que sirva para reforzar tanto el sector de la oferta como el de la demanda. El punto fuerte de nuestra economía exportadora

constituye la importante «pierna libre» de nuestra economía nacional. Pero esa fortaleza se pone en peligro si no se completa con la «pierna de apoyo» de una fuerte demanda interna. Queremos que nuestras empresas tengan buenas condiciones para poder competir. Pero la piedra de toque central de una política orientada hacia la oferta consiste en verificar si también conduce a un aumento de las inversiones y el empleo.

Esto vale especialmente para los gravámenes a las empresas y el otorgamiento de subvenciones. Las reglas de juego de nuestra economía han cambiado. Los mercados de capitales ejercen una influencia creciente sobre las empresas y los trabajadores ocupados. Los últimos años han demostrado que la búsqueda de ganancia a corto plazo puede destruir el potencial económico de un país. Nuestra economía será fuerte si se le da la oportunidad de desarrollarse a largo plazo y si logra hacer frente a quienes buscan un interés a corto plazo.

Por eso, necesitamos un acuerdo acerca de dos condiciones indeclinables de una economía social de mercado moderna: apostamos a tener mejores productos y servicios, y no a tener salarios más bajos. Apostamos a un crecimiento a largo plazo, y no a la ganancia a corto plazo.

Una economía innovadora y competitiva presupone invertir mucho más en educación, investigación e infraestructura. Es necesario ir aumentando las inversiones públicas en forma constante. Los gastos en educación deberían ser entendidos como inversiones. Como todos sacan provecho de esas inversiones, las empresas y los núcleos familiares acaudalados deberán participar en mayor medida de lo que han venido haciéndolo hasta ahora en el financiamiento impositivo de estas tareas.

La capacidad de futuro de nuestra comunidad no depende de la magnitud del Estado, sino de que los recursos se utilicen en forma sensata y eficaz. Justamente en el caso de las áreas de servicios que no se encuentran compitiendo en el ámbito internacional, existe la oportunidad de generar más empleo, incluso para aquellos que están menos calificados. Por cierto, quienes hagan esa clase de trabajos deben percibir de todas formas una remuneración que les asegure la subsistencia. Tenemos que sentar nuevas bases para promover puestos de trabajo en el área de estos servicios y en la economía local.

En una economía dinámica no se puede garantizar la existencia de empresas en determinadas plazas de inversión. Pero, al mismo tiempo, hay que proteger a las empresas rentables de los ataques de corto plazo y de absorciones por parte de competidores. Los mercados financieros y de capitales abiertos solo pueden ser de utilidad para la economía y para el bien común si se los regula y se los obliga a practicar la transparencia.

Las nuevas formas de organización de la jornada de trabajo y de remuneración no pueden llevar a que todos los riesgos recaigan sobre los empleados. Quien exige más flexibilidad también deber ofrecer nuevas seguridades. Necesitamos que la

economía, los empleados y el Estado realicen un esfuerzo conjunto para poder convertir en una realidad práctica el principio del aprendizaje continuo a lo largo de la vida.

Nuestra sociedad necesita llegar a un acuerdo en cuanto a qué bienes públicos deberían ser excluidos del principio puro del mercado. Desde una perspectiva socialdemócrata, entre esos bienes se cuentan principalmente la educación, la salud y la seguridad. No obstante, no es necesario que el Estado mismo facilite esos bienes. En muchos casos puede resultar más sensato que el Estado garantice el derecho de las personas a esos bienes públicos, abriendo en forma simultánea espacios para la iniciativa privada.

También necesitamos llegar a un acuerdo acerca de qué saber de una sociedad debe estar a disposición de todos para ser usado libremente como bien público.

En los mercados importantes del futuro apostamos a realizar alianzas político-industriales entre la economía, la investigación, los empleados y la política. Hoy en día, una política industrial y de servicios moderna consiste antes que nada en favorecer las fuerzas innovadoras en esos mercados.

Allí donde los mercados están anquilosados, es necesario fortalecer la competencia. A través de la demanda propia o regulando en forma inteligente el mercado, el Estado puede actuar como pionero, dándole un fuerte impulso a los mercados del futuro.

Ya no podemos partir de la base de que podemos llevar trabajo suficiente hacia la gente en todas las regiones de nuestro país. Por eso, es necesario que la gente esté dispuesta a trasladarse allí donde se encuentra el trabajo. En el campo de la política de promoción regional o referida a determinados ramos, se trata de poner prioridades precisas y de fortalecer en forma sistemática los potenciales de desarrollo ya existentes.

El derecho de los empleados a participar en las ganancias y en la toma de decisiones constituye un principio importante de la economía social de mercado y de la democracia social. Por eso nos declaramos expresamente partidarios de la autonomía tarifaria y de la coparticipación, elementos centrales de una cultura económica consciente de la responsabilidad conjunta de las empresas y de los actores del mercado financiero para alcanzar el bien común de la sociedad.

3. Un nuevo modelo: el Estado social previsor

Un elemento central del nuevo acuerdo social para Alemania es la necesidad de diseñar un modelo renovado y positivo para nuestro Estado social. No queremos un Estado social debilitado, sino mejor. Nuestro modelo para el siglo XXI es el Estado social previsor, que invierte más fuertemente que hasta ahora en las personas y en sus potenciales.

El Estado social que los hombres y las mujeres socialdemócratas contribuimos de manera decisiva a organizar les permitió a muchas personas provenientes de las capas sociales más bajas de la población de la antigua Alemania Federal la movilidad social hacia la clase media de nuestra sociedad, con acceso a una buena formación. Apoyó la transformación de la sociedad industrial clásica hacia la economía basada en el conocimiento.

Pero ahora el Estado social, tal como lo conocemos hasta el momento, está llegando a sus límites. Los objetivos que persigue aún están demasiado orientados hacia lo paliativo. Se ocupa muy poco de prevenir de plano las enfermedades, la desocupación, la falta de educación y la pobreza. Promueve y activa demasiado poco a la gente. Las nuevas cuestiones sociales, sobre todo la cuestión de cómo combatir las nuevas formas de pobreza y exclusión, no pueden afrontarse de manera del todo satisfactoria con un Estado social de las características del actual, que apunta principalmente a otorgar subvenciones y a mantener el status en lo referente al trabajo remunerado, pero que invierte demasiado poco en la infraestructura social con la cual se apoya la participación efectiva de las personas en la vida de la sociedad. Su base financiera se ha vuelto endeble.

La gente en nuestro país quiere un Estado social fuerte, pero también quiere que ese Estado social se oriente a las realidades y exigencias nuevas que experimentan en la profesión y en la vida cotidiana. Por eso debemos renovar el consenso sobre nuestro Estado social antes de que sea suprimido de manera unilateral por aquellos que opinan que podemos renunciar del todo a él.

El Estado social previsor que invierte en la gente promueve el empleo, apuesta a la prevención en el área de la salud e impide la pobreza. Organiza la transformación demográfica con los afectados y reconoce la importancia existencial de la educación tanto para cada individuo en particular como para el futuro de nuestra sociedad. Un Estado social activo constituye un socio confiable para la gente, jamás se limita a ser un mero administrador de los problemas sociales. Formula propuestas para desarrollar sus fortalezas. El Estado social debe impulsar a las personas a que se hagan responsables de organizar sus propias vidas. Al mismo tiempo, debe ser confiable. La gente solo confiará en un Estado social que le ofrezca seguridades a largo plazo. El Estado social previsor no constituye un obstáculo para el crecimiento, sino una fuerza productiva económica.

Cuanto más variado se vuelva nuestro mundo laboral, menos capacidad de futuro tendrá un Estado social que trate de manera distinta a los trabajadores autónomos, los empleados públicos y privados. Por eso, el Estado social del futuro deberá guiarse más por el status del ciudadano y menos por el tipo de relación laboral de las personas. Al mismo tiempo, el Estado social del futuro necesita una base de financiación más amplia, que se apoye menos de lo que venía haciéndolo hasta ahora en los aportes al seguro social. Habría que reducir el nivel de los aportes y aumentar la cuota contributiva para que todos participen de la financiación solidaria, y no solo los trabajadores en relación de dependencia. De esta manera se

crearán las condiciones de partida necesarias para aumentar las inversiones en infraestructura social y para mejorar los servicios públicos.

Todas las personas, independientemente de su situación económica, deben poder participar en los adelantos de la tecnología clínica. Todos los ciudadanos deben ser incluidos en la solidaridad de nuestro sistema de salud. Es necesario que haya una competencia real entre los seguros de salud privados y los dispuestos por ley.

En el futuro, todas las personas de la tercera edad deben poder contar con un salario suficiente. Al mismo tiempo, no se puede sobrecargar a la generación que para entonces esté en actividad y tenga que pagar los aportes. Por eso, es necesario seguir ampliando y desarrollando los fondos de pensión privados y empresariales. En el futuro, el aseguramiento de la calidad de vida solo será posible haciendo una combinación entre la jubilación que corresponde por ley y los fondos de pensión propios.

La seguridad y la participación efectiva se posibilitarán básicamente a través del trabajo remunerado. Las personas deben estar en condiciones de poder ejercer una actividad laboral durante la mayor parte de sus vidas. Por eso, un Estado social previsor que invierta en las personas debe contribuir a que el trabajo remunerado permita ganar lo suficiente como para vivir y obtener reconocimiento; no enfermar al empleado y asegurar y ampliar las calificaciones existentes, además de ser compatible con la vida en familia.

Nuestro modelo es una biografía laboral socialmente asegurada para hombres y mujeres. Esto significa, sobre todo, asegurar mejor la transición entre las distintas etapas de la vida en actividad y en inactividad.

V. El SPD como partido de izquierda popular

El SPD surgió del movimiento obrero alemán. Su objetivo era mejorar las condiciones de vida de los trabajadores. Tal era la gran cuestión social de aquella época. En la actualidad, seguimos siendo el partido que se plantea las cuestiones sociales nuevas y las de siempre. La socialdemocracia y los sindicatos tienen raíces comunes. A raíz de esa tradición, pero también en vista de la cantidad de coincidencias en el presente, el SPD está unido en forma especial a los sindicatos.

Somos el partido popular de izquierda en Alemania

Nuestra sociedad está signada por la diversidad de culturas, de estilos de vida, de escalas de valores e intereses. Nos entendemos como un partido de izquierda porque queremos aunar e integrar esa diversidad sobre la base de nuestros valores fundamentales. No somos un partido para una determinada categoría, clase social, región o grupo en particular. En el seno de la sociedad, somos la patria política para todos aquellos que quieren organizar a Alemania según la idea de la democracia social y hacer realidad los principios de la democracia social también en el ámbito europeo y global.

De ese modo, somos al mismo tiempo el partido del centro solidario. Una política de la democracia social solo es posible en tanto podamos ganar al centro social en nuestro país para una política de la democracia social y hacer que ellos mismos aboguen por ella. El centro solidario es el que paga los impuestos porque quiere tener un Estado justo y con capacidad de acción. También es el que con su alto grado de compromiso se encarga de que la sociedad de ciudadanos solidarios se viva en la práctica.

Somos un partido de militantes

Nuestro partido nació como una organización propia de la población trabajadora. En la actualidad, el SPD sigue siendo básicamente sostenido por cientos de miles de personas que en su tiempo libre asumen una responsabilidad política y social y que difunden la política de la democracia social en su vida cotidiana, en el vecindario o en sus puestos de trabajo. Estamos orgullosos del grado de compromiso y la creatividad de los miembros de nuestro partido. No es sino gracias a que somos un partido de afiliados que logramos anclarnos en el centro de la realidad vital de nuestro país.

Somos un partido con programa y con valores

Los valores fundamentales de libertad, justicia y solidaridad son esenciales para nuestra política. La unidad de estos tres principios fundamentales, entrelazados en el proyecto político de la democracia social, es lo que nos distingue del resto de los partidos. Como miembro de la Internacional Socialista y de la socialdemocracia europea, el SPD está llevando adelante como nunca antes el diálogo programático con sus partidos hermanos. La socialdemocracia internacional es la fuerza más importante a la hora de organizar la globalización de los mercados globalizando la política a favor de las personas.

Llevamos adelante nuestra discusión programática con nuestra sociedad y para ella

Nos planteamos las grandes cuestiones que se plantea nuestra sociedad. Y queremos desarrollar las respuestas en el diálogo social. Un programa siempre sirve únicamente en la medida en que sus ideas les sirvan a las personas de modelo y fuente de energía. Queremos una nueva alianza social para una política de la democracia social.

Traducción: Alejandra Obermeier

Buenos Aires, septiembre de 2006

Nueva Sociedad

www.nuso.org

Un proyecto de la Fundación Friedrich Ebert